

ron la frente de su soberano; el rostro del czar estaba cubierto con un velo.

No falta quien ha creído que Alejandro, hácia el fin de su vida, abrazó el catolicismo. Su subida al trono le hizo perder el padre: su bajada estuvo á punto de derribar el imperio. Despues de tanto estrépito y de tanta gloria, no quedaron mas restos suyos que su féretro y el de su esposa, cofres sellados y silenciosos que atravesaron bosques al resplandor de las teas de pino, y acompañados de una horda de aquellos baskires que se acampanaron en el patio del Louvre.

Así terminaron los asuntos entre Alejandro y Napoleón, uno y otro desaparecieron en el fondo de un desierto; pero Napoleón había levantado su vuelo: á manera del águila se había remontado á la cima de una roca donde permaneció al sol hasta su partida, y donde pudo ser visto de toda la tierra.

La emperatriz, madre, habiendo concebido algunas esperanzas por la primera carta que recibió de Taganrog, mandó cantar un *Te Deum* en las iglesias de la capital; el pueblo asistió á esa solemnidad religiosa, y unió á ella sus oraciones, porque en realidad Alejandro era adorado. Aun no se había concluido el *Te Deum*, cuando un segundo correo trajo al gran duque Nicolás, la noticia del fallecimiento. Nicolás, que salió del templo para recibir el correo, volvió á entrar con el rostro tan inmutado, que no pudo menos de llamar la atención de todo el mundo. No atreviéndose á hablar, no hizo mas que decir una palabra al metropolitano y este avanzó hácia la emperatriz madre, llevando en la mano una cruz cubierta con un velo negro. La madre comprendió su desgracia, y cayó desmayada precisamente cuando el coro estaba entonando el versículo *In te, Domine, speravi*....

Por muy elevadas que hubiesen sido las cualidades del czar, en último resultado puede decirse que fue funesto al imperio, porque lo puso en demasiado contacto con la Europa occidental y sembró en él gérmenes de civilización que luego quiso sofocar. Las poblaciones al verse, por decirlo así, acosadas en sentido contrario, no comprendieron lo que se exigía de ellas, ni en qué sentido podían obrar mas oportunamente; no supieron si se daba ensanche al pensamiento, ó si se le ponían trabas; si se les pedía una obediencia pasiva ó una obediencia legal, ni si debían progresar ó permanecer en la inmovilidad. Alejandro, como buen tártaro, quería retener al pueblo por medio de la barbarie; Alejandro, como príncipe ilustrado, hubiera hecho mayores beneficios á su pueblo conduciéndolos gradualmente al terreno de la civilización. Podía decirse que fue demasiado fuerte para emplear el despotismo, y demasiado débil para establecer la libertad. Sus vacilaciones no crearon la libertad nacional, pero dieron lugar á una independencia individual, que á su vez en lugar de libertadores produjo asesinos.

XXXII.

Cambio de disposiciones.—Anúdase la narración.—Alejandro: conversacion con él.

Apenas tenemos valor de representar hablando con nosotros, al que acabamos de dejar sumido en eterno silencio en el panteón de los czares. ¿Qué le importan ya los congresos, ni los reinos de este mundo? Todo lo absorbe la inmensidad de la tumba. La muerte y la vida son dos cosas de tan opuesto orden, que despues de haber hablado de la primera, parecen puerilidades de la niñez todo lo que pueda decirse por lo tocante á la segunda.

Habiendo M. de Montmorency partido, nuestro papel, muy limitado en su presencia aumentó de importancia: conservamos, sin embargo, grato recuerdo de aquellas horas, porque nos proporcionaron la benevolencia mas ilustrada de nuestra carrera política, benevolencia que nunca se ha desmentido.

Habían inspirado prevenciones al emperador de Rusia contra nuestra persona: habíale dicho que si nos daba oído ejerceríamos sobre su ánimo una seducción á que le seria difícil desistir. Fuimos presentados en París, y como élera *liberal*, no le conveníamos mas que bajo el punto de vista religioso. Cuando volvimos á verlo en Verona, el czar se había hecho *ultra*, y como nosotros seguíamos permaneciendo en nuestra clasificación de *liberal*, ocurrió la misma dificultad, aunque en opuesto sentido. En el Congreso nos trató con atención; pero de un modo reservado. Acostumbráramos verlo con frecuencia en sus paseos; teníamos bastante mundo para darnos por entendidos de que lo conocíamos, pero esperábamos que al pasar nos hubiese hecho alguna indicación, ó nos hubiese dicho alguna palabra. Una vez se acercó á nuestro lado, y remontando juntos la orilla del Adige, habló de San Petersburgo, sin duda para evitar toda conversacion política. Aunque M. de Montmorency no se nos mostró favorable, obró, sin embargo, respecto de nosotros (ya lo hemos dicho anteriormente), segun el impulso de su sangre y de su virtud; al despedirse del emperador, le invitó á que no se asustara tanto de nuestra persona. La condesa Tolstoy, que Alejandro solía ver con frecuencia, nos facilitó algunas entrevistas con él que no produjeron resultado alguno; el emperador era algo sordo; nosotros no teníamos la costumbre de hablar en tono alto, y nuestra indiferencia hácia los príncipes es tan grande, que ni siquiera habíamos dudado de la frialdad con que nos recibiría aquel hombre, cuya mirada andaba todo el mundo mendigando.

Cuando M. de Montmorency se marchó, Alejandro nos envió á llamar: no hacia un cuarto de hora que estábamos cara á cara, cuando ya nos agradábamos. No se diga que nos asociamos demasiado familiarmente á aquel poderoso de la tierra, porque la familiaridad á que aludimos, es la del alma, y nadie ignora que las almas son iguales, y que esa igualdad en nada perjudica al respeto. El emperador manifestó admirarse, á la manera de una persona que nunca hubiera visto mas que nuestro retrato. Hallándonos preocupados de la guerra de España, y no viendo obstáculo que en ese particular pudiese inspirarnos temor, no siendo la envidia británica, nos esforzamos por captarnos un poco la voluntad de Alejandro, á fin de oponerle á las malignidades del gabinete de Londres.

En nuestras diversas conversaciones le hablábamos de todo, y él nos escuchaba olvidándose de quién era. Manifestámosle nuestra oposicion á los tratados de Viena; no creyó deberse explicar, pero nos contestó diciendo: «Mejor avenida os hallabais con el tratado de París.»

Nos atrevimos á presentarle el desmembramiento de la Polonia, consecuencia de una de las mayores cobardías de la antigua Francia, y añadimos que la iniquidad de ese desmembramiento pesaria eternamente sobre Rusia, Prusia y Austria, y que Alejandro acabaria de immortalizarse remediándolo. El czar tuvo la paciencia de escucharnos cuando dijimos que un pequeño país, muy mal gobernado, y para el cual había vanamente confectionado un proyecto de constitucion, no debia ser considerado como un peligro para los Estados vecinos; que los polacos nunca perderian la tentacion de sublevarse, no por espíritu revolucionario, sino porque es condicion de la naturaleza humana, el que todo pueblo quiera conservar su nombre y rehusa perder su independencia.

Tampoco nos olvidamos de nuestra querida Atenas cuya causa hemos defendido largo tiempo en público y en la cámara de los Pares, y de la cual aun despues de muerto el czar nos atrevimos á hablar á Nicolás y á Constantino.

Ocurrían en Alejandro conflictos de naturaleza y de

posición: habiendo nacido para marchar al frente del progreso de la sociedad, padecia al verse en la precison de rechazar á los griegos, correligionarios suyos, dándose por desentendido de unos pueblos que estaba obligado á proteger. Mas al amar la libertad, Alejandro creia que la Europa pedia su proteccion contra los principios disolventes, y era tanto mayor el recelo que esos principios le causaban, cuanto mas reciente estaba la explosion que acababan de hacer en Nápoles, en el Piamonte y en España, y cuanto que en su mismo ejército se manifestaban sintomas de la fiebre de Francia.

Por esa razon, despues de haber dado una constitucion á los polacos, suspendió el movimiento; despues de haber hecho *otorgar* una Carta á la Francia, vió con alguna ansiedad su desarrollo; despues de haber deseado la independencia de la Grecia, desaprobó la insurreccion del 1820, y no vió en ella mas que una orden emanada del comité revolucionario de París. En el congreso de Troppau, de Leyback y de Verona, se imaginó defender la cibilizacion contra la anarquia, así como anteriormente la había salvado de Napoleón.

Tratamos de la reunion de la Iglesia Griega con la Latina, Alejandro se inclinaba á ella mas no se creia con fuerzas para intentarla; deseaba hacer un viaje á Roma, y se detenia en las fronteras de Italia; mas tímido que César no se atrevia á franquear el torrente sagrado por causa de las interpretaciones que no habrian dejado de hacerse por lo tocante á su viaje. El deseo de proceder con acierto en esta materia, daba lugar á un continuo combate en su ánimo; en medio de las ideas religiosas de que el autócrata se sentia dominado, no acertaba á discernir si obedecia á la secreta voluntad de Dios, ó si era víctima de una sugestion infernal que lo convertia en renegado y en sacrilego.

XXXIII.

M. de Metternich nos confía sus temores por lo tocante á la guerra de España.—Última conversacion con el emperador de Rusia.

Cuando se divulgó entre los del congreso el favor que cada vez íbamos mereciendo mas cerca del czar, no tardaron en cambiarse nuestras circunstancias personales; fuimos buscados con la misma sollicitud con que anteriormente evitaban nuestro encuentro. M. de Metternich se nos mostró sobremanera complaciente, y en una conversacion no tuvo reparo en confiarnos el temor que le inspiraban la guerra de España, el ardor que Alejandro manifestaba en llevarla á cabo, y principalmente el proyecto de poner en movimiento su ejército, si alguna vez llegaba la Francia á necesitarlo para la realizacion de ese plan. A la manifestacion de semejantes temores añadí deseos de que predicáramos la paz al poderoso vecino del Austria, y á esto le contestamos que como estábamos en la persuasion de que Francia no necesitaba de ningun auxiliar, nunca habíamos predicado la guerra; que no podíamos prescindir de tener nuestra opinion particular, y que como no éramos ministro, era de esperar que nadie consultara nuestro parecer. «Por lo demás, seguimos diciendo, M. de Villele se halla distante de acudir á las armas; sus últimas cartas nos revelan la pena que le causa el dirigir comunicaciones ostensibles á Madrid. Piensa que esos despachos pueden obligarle á tomar medios mas graves, tal vez hasta la de retirar antes de lo que hubiera querido, el embajador francés de aquella córte.»

Aseguramos á M. de Metternich que comunicáramos la opinion de M. de Villele á S. N. I. en la primera audiencia que se dignara concedernos. M. de Metternich nos dió las gracias y manifestó deseos de saber el resultado de aquella audiencia.

Pasamos en efecto al palacio Canossa, y referimos al emperador lo que habíamos hablado con M. de Metternich, y S. M. contestó.

«La Francia obrará como mejor le parezca. M. de Montmorency al tiempo de partir me ha preguntado qué partido tomaré en el caso de que estallando esa guerra entre Francia y España ocurrieran incidentes desagradables para la primera. Le he contestado que mi espada estaba siempre al servicio de Francia, y que á esta nacion incumbe el decidir si la necesita ó no; que no pretendo intervenir en nada de lo que la Francia haga: pero ¿qué pensais de esto señor vizconde de Chateaubriand?»

Contestamos, «Sire: nuestra opinion es que Francia debe tratar de remontarse por sí misma lo mas pronto posible al rango de donde la han hecho bajar los tratados de Viena. Cuando haya vuelto á adquirir su dignidad, podrá ser una aliada mas útil y mas honrosa para V. M.»

No sabemos si el emperador nos comprendió; pero se sonrió noblemente á la contestacion con que eludíamos su socorro y pedíamos la guerra. Hizo una breve pausa, y luego, correspondiendo á su pensamiento, dijo: «Me alegro de que hayais venido á Verona á fin de que podais dar testimonio de la verdad. ¿Habráis creído que, como dicen nuestros enemigos, la alianza es una palabra que solo sirve para encubrir ambiciones? Así pudo ser tal vez en el antiguo orden de cosas, pero indudablemente no se trata hoy de algunos intereses particulares, cuando el mundo civilizado está en peligro.»

«Ya no hay política inglesa, francesa, rusa, prusiana, ni austriaca; no hay mas que una política general que por el bien de todos debe ser universalmente admitida por los pueblos y los reyes. Yo soy el primero que debo mostrarme convencido de los principios en que he fundado la alianza. Acaba de presentarse una ocasion y es el levantamiento de la Grecia. Nada al parecer puede ser mas conveniente á mis intereses ni á los de mis pueblos, en concepto de estos, que una guerra religiosa contra la Turquía, pero he creído notar el signo revolucionario en los disturbios del Peloponeso, y me he abstenido de obrar en aquel sentido.»

«¿Qué de diligencias no han hecho para romper la alianza? A un mismo tiempo han tratado de inspirarme recelos, y herir mi amor propio; me han ultrajado abiertamente. Muy mal me conocen si creen que mis principios defienden únicamente de vanidades que pueden ceder á resentimientos. No, nunca me separaré de los soberanos á quienes estoy unido. A los reyes debe ser lícito tener alianzas públicas para defenderse de las sociedades secretas. ¿Qué es lo que podría tentarme? ¿Qué necesidad tengo de aumentar mi imperio? No ha puesto la providencia á mis órdenes ochocientos mil soldados para satisfacer mi ambicion, sino para sostener la religion, la moral y la justicia, y para hacer reinar los principios de orden sobre que descansa la humana sociedad.»

No puede casi ya darse crédito á lo que un autor refiere: cada cual inventa ó borda los acentecimientos. Nosotros por lo menos tenemos el débil mérito de la probidad de escritor: el *Itinerario de París á Jerusalem* sirve hoy de guia á los viajeros: al cabo de treinta años todavía es posible reconocer por los nombres los personajes mas oscuros que hemos citado. El árabe Abougoshi, de las montañas de Judea acaba de escribirnos por medio de un peregrino.

Igual exactitud tiene lo que hemos referido acerca de nuestras conversaciones con el emperador de Rusia. En nuestro discurso á la cámara de los Diputados el 1823, citamos parte de las palabras de Alejandro. ¿Las habíamos imaginado? no por cierto. Siempre nos ha sido imposible mezclar la novela con la verdad: citaremos una nueva prueba. El emperador de Rusia

nos escribió con motivo de las conversaciones de Viena, dándonos las gracias por nuestro discurso: lo único que con relación á aquellas palabras halló que corregir, ó mas bien que sostener respecto de lo dicho por nosotros fue, que si bien las habíamos expresado fielmente, debíamos haber añadido que eran *expresión de toda la alianza*. Perdonémos la angusta memoria de tan gran soberano: nuestra memoria las retuvo con mas exactitud.

Nos atreveremos á decir que Alejandro se hizo amigo nuestro, si es que los príncipes tienen afectos, y si es que puede haber amistad entre hombres separados por tan enormes distancias. Alejandro fue quien nos dió fuerza para vencer la mala voluntad del Austria, cuando sublevando Nápoles pensó producir una catástrofe en Madrid; él fue también quien contuvo á la Inglaterra. Mandó remitir á nuestra persona las cartas mas lisonjeras y manifestó que firmaría con los ojos cerrados cuanto sujetáramos á su aprobacion. Finalmente un correo nos trajo el cordón de San Andrés así que llegó á su noticia la libertad de Fernando.

Cuando ocurrió nuestra destitucion, habríamos podido retirarnos á Rusia donde nos esperaban los honores y la fortuna; pero nunca hemos buscado con solicitud, lo que poco nos importa; Alejandro es el único príncipe hácia el cual hemos sentido una sincera adhesion. ¿Y los demás soberanos? Es una necesidad de la educacion de los pueblos que aun no está concluida; necesidad á la cual nos sometemos con respeto y lealtad, cueste lo que cueste: ¿no es bastante?

XXXIV.

Conversacion con el príncipe de Metternich.—Billete del archicanciller de Austria.—Carta de M. Montmorency.—Partimos de Verona.

Del palacio Canossa nos encaminamos á Casa Castellani. Dimos cuenta á M. de Metternich de nuestras buenas intenciones y de las palabras de Alejandro, suprimiendo, sin embargo, la parte relativa á la política general del mundo, que no importaba nada al archicanciller de Austria y que en su concepto nos hubiera hecho pasar por unos visionarios. Quedó ó pareció quedar contento de lo que habíamos dicho al czar por lo tocante á la repugnancia de M. de Villele á la expedicion militar. Sea que el príncipe no hubiese descubierto el fondo de nuestro pensamiento, sea que á su pesar se viese impelido á revelar el suyo, lo cierto es que nos volvió á demostrar su oposicion á la guerra, conjurándonos á que partiéramos con objeto de apoyar á M. de Villele y de combatir el ardor de M. de Montmorency. Replicamos que á luego de haber llegado á París, pasaríamos á Londres; pero que instruiríamos á M. de Villele de las ideas que en esta conversacion habíamos emitido; de manera que si los aliados lo deseaban, todavía tenían tiempo de enviar correos á Madrid para suspender la presentacion de las *cartas ostensibles*. En seguida nos retiramos añadiendo que habríamos deseado ofrecer nuestros últimos respetos á los pies de S. M. el emperador de Austria. No tardamos en recibir el siguiente billete:

Verona 12 de diciembre, de 1822.

«Acabo señor vizconde de presentar al emperador la exposicion de vuestro pesar de marcharos sin haber

podido despediros de él. S. M. I. me ha mandado decir que cree muy interesante vuestro regreso á París para haber podido pensar en deteneros aquí.

»Mucho me alegraré de ver á V. E. antes de su partida, y lo deseo especialmente para darle conocimiento de mi despacho á M. de Vincent. No puedo, sin embargo, disponer de un solo momento en la mañana del día próximo, que pasaré en Archemia cerca de los soberanos, y trabajando con el emperador mi amo. Si V. E. quisiese hacerme el honor de venir á comer á mi casa, pasaríamos de este modo el tiempo necesario para hablarnos. Si se decide á no permanecer en Verona hasta la noche, procuraré disponer del breve intervalo de hora y media ó dos horas.

Suplico á V. E. me dé sus órdenes y reciba la seguridad de mi distinguidísima consideracion.

METTERNICH.»

Accedimos al deseo del príncipe, fuimos á verle el 12 por la mañana, y en efecto nos dió conocimiento de un despacho que habia escrito al baron de Vincet, y que solo contenia esas frases diplomáticas, á propósito para no decir nada; pero no es dudoso que á este despacho acompañaría una nota mas explicita. M. de Metternich nos repitió lo que ya nos habia dicho respecto de los inconvenientes de la guerra; pero se le escaparon algunas palabras acerca de las *aberraciones* de Alejandro, de quien vió alejarnos con alegría como un mensajero de paz; ó nuestro semblante y lenguaje son muy engañosos, ó la perspicacia del archicanciller no es tan grande como se expone. Al volver á nuestra casa, escribimos á M. de Montmorency, en París esta última carta:

Verona, 12 de diciembre de 1822.

«Señor duque:

He tenido esta mañana una conversacion muy larga con el príncipe de Metternich, y otra con S. M. el emperador de Rusia. El primero opina que es conveniente que yo vaya á daros inmediatamente cuenta de ella. En consecuencia, saldré mañana 13 y espero llegar hácia el 20 á París. Por el mismo correo que os lleva este despacho, respondo á dos cartas de M. de Villele. Mi respuesta indica en general la serie de las ideas de que tengo que hablaros.

M. de Caraman os habrá dicho sin duda, señor duque, que los asuntos de Italia han terminado de una manera bastante honrosa para la Francia. Mañana, día de mi partida, se celebrará la sesion de clausura del congreso, y el lunes próximo, 16, los soberanos y los ministros habrán salido de Verona.

Tengo el honor de recomendar á vuestra bondad los señores de Rauzan y d'Aspremont, y os ruego aceptéis con mis felicitaciones por vuestro nuevo título, la seguridad de la alta consideracion con que tengo el honor de ser etc.

CHATEAUBRIAND.»

Salí de Verona el 13, dirigiendo una mirada de tristeza sobre Italia; pero consolándome con la idea de ir á continuar mis *Memorias* á la pálida luz del sol que habia alumbrado las miserias de mi juventud.

GUERRA DE ESPAÑA EN 1825.

XXXV.

Guerra de España de 1825.—M. de Montmorency presenta su dimision.—Soy nombrado ministro de Negocios Extranjeros.

M. de Canning ocupaba en Londres el puesto que habia dejado vacante la muerte de Londonderry.—Jorge IV, apremiado por lord Liverpool, habia admitido á M. Canning en su consejo, á pesar de su repugnancia muy natural hácia el defensor y amigo de la reina. En el camino de Verona á París, mi naturaleza habia experimentado un cambio, y purificando mi espíritu de la política, me halagaba la idea de regresar á Londres á hacer el viaje de los tres reinos para volver á entrar en mi vida interior y abismarme en la soledad de mis recuerdos. Mi existencia de escenas y de mudanzas de decoraciones, está amenazada sin cesar por el silbido del pito que me traslada de un palacio á un desierto, y del gabinete de los reyes al desvan del poeta.

El duque de Wellington, que nos habia tomado la delantera, se hallaba detenido en París, y habia conseguido de M. de Villele que se despachase un correo á los aliados para invitarles á retardar la comunicacion de las instrucciones enviadas á sus encargados de negocios en Madrid. Al mismo tiempo S. G. propuso al gobierno de Luis XVIII la mediacion de la Inglaterra. Esta mediacion fue rechazada, porque no ofrecia ningun remedio al mal de la Francia. No obstante, en un *memorandum* del gabinete de San James, por lord Fitz-Roy-Sommerset, fechado en Londres el 6 de enero de 1823; se encarga á Su Señoría que insista en España acerca de algunos cambios que deben hacerse en la constitucion.

El duque de Montmorency entregó al de Wellington el 26 de diciembre de 1823, una excelente nota, en que le explica los motivos de no aceptar la mediacion; este es el último acto del ministerio de M. de Montmorency.

La razon oficial de la dimision de este, es todavía un misterio. ¿Había M. de Montmorency contraído en Verona compromisos que M. de Villele no creyó oportuno realizar? ¿Quería, en caso de guerra, la cooperacion inmediata y material de los aliados? No lo creemos; lo atribuimos mas bien á la incompatibilidad de los caracteres. M. de Montmorency conservaba el recuerdo de la manera con que M. de Villele habia entrado en la presidencia del consejo; tanto mas, cuanto que M. de Mathieu, en el momento de salir para Viena, habia sabido por S. M. que si habia dado esta presidencia, no habia entregado su puesto, sino que lo habia retenido por el convencimiento de la utilidad de sus servicios. M. de Montmorency no carecia de ambicion, pasion legitima en un personaje de su nombre y su mérito; tenia talento é instruccion, y como educado en la gran escuela de donde salió Mirabeau, su lenguaje era natural y persuasivo, y se creia oír la voz de sus buenas acciones. Noble y tranquilo

en la tribuna, pertenecía á una especie que no se altera, y que, obligada únicamente á cambiar de grandeza, habia ido desde los reyes hasta Dios. Si hablaba con la autoridad de la fe del condestable, sus convicciones religiosas se templaban por la dulzura de su carácter y su benevolencia. Su semblante era pálido y sereno; aun no se habia borrado cierta hermosura juvenil; de su frente semi-calva, y una imaginacion bondadosa y viva, derramaba sobre sus graves costumbres la gracia de la sonrisa. Conservaba ilustres amigos, cuyas opiniones impugnaba con una austeridad tolerante que aumentaba el efecto por la estimacion. Conociase que en el momento del gran sacrificio, hubiera podido escribir á sus amigos, como Enrique II, duque de Montmorency: «Mi querido corazon: os doy el último adios con el mismo cariño que ha reinado siempre entre nosotros.»

M. de Villele y M. de Montmorency, colocados á tanta altura y tan discordes entre sí, no podían marchar mucho tiempo juntos, y un pretexto bastó para separarlos. Asegúrase que se pusieron en desacuerdo acerca de la cuestion de la llamada inmediata de M. de Lagasele. Lo que en esto hay de extraño, es que el día mismo en que se tuvo noticia de la dimision del duque de Mathieu, se tuvo también conocimiento del despacho de M. de Villele, en el que se expresa acerca del gobierno de las cortes, como hubieran podido hacerlo el Austria, la Prusia y la Rusia. M. de Montmorency se alejó, y su separacion fue sentida por todos los hombres de bien de Europa.

Habiendo salido de Verona el 13 de diciembre de 1822, llegué á París el 17, y me apresuré á dar cuenta á M. de Villele de mi última conversacion con el príncipe de Metternich, de la escasa inclinacion de este hácia la guerra, y de su deseo de ver al gabinete de las Tullerías adoptar medidas pacíficas, así por el temor que le inspiraban nuestras victorias, como por el que tenia de un movimiento de la Rusia. Hallé á M. de Villele en extremo dispuesto á mi favor y muy satisfecho de mi correspondencia, pero lleno de inquietud respecto de su posicion.

M. de Polignac vino á verme, y me advirtió que existía una division entre el ministro de Negocios Extranjeros y el presidente del consejo. Yo le declaré que mi suerte estaba unida á la de M. de Villele, desde que habia arreglado el asunto de su primer ministerio como él (M. de Polignac) lo sabia, y como lo atestiguaban las gracias dadas por M. de Richelieu, consignadas en una carta que aun poseo, y que desde aquel momento habia hallado siempre leal á M. de Villele. M. de Polignac me habló de mis trabajos en Verona, de las pretensiones que yo podia abrigar, y de los rumores que habian corrido de un disentiimiento entre el duque de Montmorency y yo; le respondí que tan lejos estaba de ambicionar el puesto del noble duque, y de querer permanecer en Francia para exasperar los partidos, que sin pérdida de tiempo iba á trasladarme á Londres.

Apresuré los preparativos de mi viaje, y casi no me quedaba que hacer otra cosa que subir al coche, cuando dos palabras de M. de Villele me hicieron saber que M. de Montmorency había presentado su dimisión. M. de Villele me ofrecía la cartera vacante, por orden del rey. Pasé aquella noche en una agitación increíble, y en la mañana del 26 escribí á M. de Villele la siguiente carta:

«Mi querido amigo: la noche da consejos: no es conveniente para vos ni para mí que yo acepte en estos momentos la cartera de Negocios Extranjeros. Vos habéis sido siempre muy bueno para mí, al paso que no siempre he debido hallarme satisfecho de M. de Montmorency, pero al fin pasa como amigo mío, y sería en mí algo desleal el tomar su cartera, especialmente despues de los rumores que han circulado, pues no se ha cesado de decir que yo quería derribarle, que intrigaba contra él, etc., etc. Si hubiese permanecido en un rincón del ministerio, ó el rey le hubiese dado un inmenso retiro, como el empleo de *Montero Mayor*, las cosas cambiarían de aspecto; pero aun entonces quedarían en pie nuevas dificultades.

Sabeis; mi querido amigo, cuán adicto os soy; tengo la fortuna de serviros con bastante eficacia cerca de esa fracción realista contraria á vuestro sistema. Yo los calmo, detengo y enfreno, mediante la confianza que tienen en mí, dentro de los límites de una justa moderación; pero perdería inmediatamente toda mi influencia, si entrase en el ministerio sin traer conmigo dos ó tres hombres, de esos á quienes es fácil desarmar, pero que serían en extremo peligrosos en la próxima legislatura, sino podéis arreglarlos con ellos. Creed, mi querido amigo, que el momento es crítico. Podéis manteneros veinte años en el puesto que ocupais, y elevar la Francia al más alto grado de prosperidad, ó podéis caer antes de dos meses y volver á hundirnos en el caos. Esto depende enteramente de vos y del partido que vais á tomar. Yo os suplico, en nombre de la amistad y de mi lealtad política, que aprovecheis la ocasión que se presenta para consolidar vuestra obra. Por lo demás, apruebo mucho que toméis la cartera de Negocios Extranjeros, como la teniais, *interinamente*. Esto os dará el tiempo necesario para venir y arreglar los negocios. Debo también deciros con franqueza que hay un ministro de Negocios Extranjeros que podríais elegir, á cuyas órdenes yo no podría servir, y mi dimisión sería un gran mal en estos momentos. Hé aquí, mi querido amigo, una parte de las mil cosas que tengo que deciros. Nos veremos y hablaremos. Estad, por lo demás, persuadido de la verdad de que mi suerte política está unida á la vuestra, y que con vos continuaré en mi puesto ó caeré.»

En cambio de esta carta, M. de Villele me envió el siguiente billete:

«He recibido vuestra carta, mi querido Chateaubriand, y no puedo decidirme á presentarla al rey, antes de haberlos visto; podéis recibirme un momento antes de una hora?»

Vuestro de corazón,

JOSÉ DE VILLELE.»

Ví á M. de Villele, y le hice todas las reflexiones que me parecieron á propósito para decidirle á dejarme marchar. Fué á ver al rey, y este me envió á llamar; habló conmigo más de una hora, habiendo tenido la bondad de instarme, yo me resistí respetuosamente, pero concluyó diciéndome: «Te mando aceptar.» Obedecí, pero con un verdadero disgusto, porque en el acto conocí que el ministerio sería mi muerte. El martes 1.º de enero de 1823, pasé los

puentes, y fuí á acostarme en ese lecho ministerial que no estaba hecho para mí; lecho donde apenas se duerme y donde se permanece poco.

Es, pues, falso que hubiésemos deseado la caída de M. de Montmorency. Al ir á tomar mi pasaporte para Londres, hallé en el ministerio de Negocios Extranjeros á M. Bourjot, y le dije que aunque se hablaba de mí para ministro, estaba todavía lejos de haber accedido á reemplazar un hombre del mérito de M. de Montmorency. Todo cambio en el personal de los negocios ocasiona disidencias, pues el ministro que sale tiene partidarios que hablan mal del que entra. Esto es muy sencillo y solo interesa á los dos ministros, al paso que el público ó no se ocupa de ellas, ó se ríe de estas miserables rivalidades. No conservo el más ligero recuerdo desagradable de todo lo que entonces pudo decirse; yo me proponía únicamente probar que mi respeto á M. de Montmorency había sido tan grande y completo como podía serlo. El duque de Mathieu era, como yo, superior á todas estas declamaciones políticas, y lo demostró. Anunciándome en una carta de 1821 que había sido nombrado ministro de Negocios Extranjeros, me decía: «Debeis dar crédito al sincero afecto del hombre que hace mucho tiempo os es fiel, y que no puede menos de agradecer la manera con que muchas veces le habeis favorecido.» El 27 de febrero de 1823, dos meses despues de mi entrada en el ministerio, me escribía: «Yo no quiero esperar, noble vizconde, el primer día en que tenga la seguridad de hallaros, para daros gracias por la manera favorable en que habeis hablado de mí en vuestro gran discurso. He llegado por desgracia demasiado tarde para oírlo, y acabo de leerlo con el mayor interés. Habeis estado especialmente oportuno en lo relativo á la Inglaterra, y este es un punto esencial.

Por lo demás, para contemporizar con los intereses de este lado, como de todos los demás, permitidme os diga que espero ser también de vuestra opinión: «*Demonos prisa á obrar respecto de España.*»

XXXVI.

Luis XVIII.—Su poca inclinacion hácia mí.

M. de Villele, al ofrecerme el ministerio de parte del monarca, se había expresado con una amistad modesta, porque lejos de hallar á S. M. inclinado en mi favor, le había costado un gran trabajo determinar su voluntad; los reyes no tienen más atractivo para mí que el que yo tengo para ellos; les he servido como mejor he podido, pero sin interés y sin ilusiones. Luis XVIII me aborrecía, porque tenía respecto de mí, envidia *literaria*. Si no hubiera sido rey, hubiera sido miembro de la Academia, y se hubiera mostrado dócil al espíritu de antipatía de los clásicos contra los románticos. Su magestad me conocía poco; yo le cedía voluntariamente la Palma, pues nada disputo á nadie, ni aun á un poeta porta-cetro; no conozco á literato alguno detrás del cual no me sienta muy sincera y humildemente dispuesto á eclipsarme.

No obstante, conseguí agradar al rey más allá de lo que hubiera podido pensarse, y de tal manera, que llegué á causar miedo por mi crédito á mis colegas. Su magestad se dormía con mucha frecuencia en el consejo, y tenía mucha razón, porque si no dormía relataba historias. Tenía un admirable talento mimico, lo que no gustaba á M. de Villele, que quería ocuparse de negocios. M. de Corbiere ponía sobre la mesa sus codos, su caja de rapé y su pañuelo azul; los demás ministros escuchaban silenciosamente. Yo no podía menos de divertirme con las relaciones del rey, y él, por su parte, se alegraba visiblemente de ello. Cuando advertía su buen éxito, antes de empezar una historia, buscaba una excusa y decía: «Voy á hacer reír á M. de Chateaubriand;» y en efecto, yo era en

dad estos casos un cortesano tan natural, que me reía como de real orden.

Por lo demás, M. de Villele no logró que S. M. me eligiese, sino porque apenas tenía más inclinacion hácia M. de Montmorency que hácia mí. Entre nuestros reyes, es una tradición la desconfianza de los nombres; desconfianza que se trasmite de reinado en reinado; su tenaz memoria se acuerda de las guerras de los grandes vasallos; alquilan á los nobles como criados, porque les quieren en su guarda-ropa, y les temen en sus consejos.

M. de Montmorency disgustaba á Luis XVIII por su vida antigua y por su vida nueva, por sus opiniones pasadas y por sus virtudes presentes.

XXXVII.

Historia de las sociedades secretas en Francia.—Programa del ejército de los hombres libres.—Todos los partidos han tenido emigrados.

No bien me ví instalado en el ministerio, volví á las ideas que me habían preocupado en Londres y en Verona, y resolví procurar la estabilidad de la restauración y la grandeza de la Francia, pues me hallaba en un puesto en donde podía obrar con eficacia. Como hombre de conciencia, y queriendo asegurarme á fondo de la justicia de la causa, me dediqué á estudiar los hechos y los acontecimientos, y me convení más que nunca de los peligros que rodeaban la monarquía. Las pruebas de la traición son innumerables.

Las sociedades secretas habían empezado en Francia desde la última caída de Bonaparte en 1815. La policía descubrió sucesivamente las sociedades del *Alfiler negro*, de los *Patriotas* de 1816, de los *Buitres*, de *Bonaparte*, de los *Caballeros del sol*, de los *Patriotas europeos reformados*, y la de la *Regeneración universal*. Canciones, discursos, folletos, la corte de Touquet, caricaturas, ediciones compactas impías y filosóficas, todo entró como otros tantos envenenados elementos en esas sociedades disolventes. Unos tomaban parte en ellas á sabiendas, y otros se encontraban envueltos en su acción sin saberlo: no todas conocidas, y las gentes se reían al oír hablar de ellas, y no obstante, su existencia era cierta. Los que no les daban ascenso, pasaban en concepto del público, por hombres juiciosos y de gobierno, en tanto que los afiliados de estas sociedades se burlaban entre sí de estas capacidades privilegiadas y los atrapaban como á unos imbéciles. Vastas conspiraciones abarcaron en 1816 á París, y los departamentos del Ysere, del Ródano y la Sarthe. Estas asociaciones se perfeccionaron en 1820, afiliándose á los *Carbonari*, de Italia, que produjeron en España los *Comuneros*. Las insurrecciones napolitana y piamentesa dieron á conocer mejor estos *Carbonari*, cuyos principios monárquicos en su origen para rechazar la dominación de Bonaparte, se convirtieron gradualmente en los de los Jacobinos de la Francia.

Las diferentes sociedades mencionadas se fundieron en París en la de los *Carbonari*. Estos estaban divididos en secciones llamadas *Círculos* ó *Ventas*; había Ventas particulares y Ventas centrales, Altas Ventas y una Venta suprema ó comité directivo. Nadie podía ser admitido al primer grado de la asociación, esto es, la Venta particular, á no mediar el testimonio de carbonarios aprobadas; era preciso patentizar que se aborrecía la legitimidad, á no ser militar á media paga ó retirado, porque en este caso se consideraban como hechas las pruebas de este aborrecimiento.

La Venta particular no excedía de veinte miembros llamados *Buenos primos*. El que era descubierto, se debía estar *en la ley*. Los diputados de veinte ventas

particulares componían una Venta central; esta se comunicaba por medio de un diputado con al Alta Venta, la cual, á su vez, recibía por conducto de un emisario la orden de la Venta suprema ó comité directivo. Cada *Carbonario* no conocía sino á los miembros de su Venta.

Todo *Carbonario* debe conforme al artículo 55 de los estatutos, *guardar el secreto de la existencia de la Carbonería, de sus signos, de su reglamento y de su objeto respecto de los profanos*.

Artículo 60, título V. *El perjurio, siempre que tenga por objeto revelar el secreto de la Carbonería, será castigado con la pena de muerte*. El crimen se juzga en secreto, y uno de los Buenos Primos es el designado por la suerte para ejecutar la sentencia.

Los *Carbonari* no escribían, y no se comunicaban entre sí, sino verbalmente; se revelaban unos á otros por medio de medias cartas recortadas que se adaptaban á otras medias. Tenían palabras de paso y de orden, señales de la mano y de los brazos; unas veces por medio de la unión de los dedos, formaban las letras C y N doble; otras pronunciaban las palabras *Speranza y Fede*, y separaban las sílabas *Cari-tá*.

Las letras C y N doble, significaban Jesucristo y su Padre; la Fé, la Esperanza y la Caridad eran su interpretación misteriosa. Estos ateos marchaban bajo el estandare de los cristianos; todas las revoluciones del globo vienen á colocarse á la sombra de este *lábaro* que ha dado la señal del cambio de las tierras. El carbonarismo venía de Italia, y la Madona saludada por los *Piferari* en los bosques, había presidido á la libertad.

Los *Carbonari* se obligaban á obedecer ciegamente á la Venta suprema, y debían estar provistos de un fusil, de una bayoneta y veinte y cinco cartuchos; tenían además, puñales, é imponían en la caja común cinco francos al entrar en la sociedad, y un franco mensual. Su número ascendía en Francia á más de 60,000. Los miembros invisibles de la Venta suprema se ocultaban en el fondo de un santuario impenetrable. Desde este *Santa Sanctorum* enviaban á la muerte á los *Carbonari* vulgares, prometiéndoles derramar ardientes lágrimas y frecuentar su tumba.

En el trascurso de 1821, treinta y cinco perfectos denunciaron sociedades de *Carbonari*. París tenía centenares de Ventas: la *Victoriosa*, la *Sincera*, el *Triunfo*, la *Washington*, la *Besilario*, la *Westermann* y los *Amigos de la verdad*. Manteníanse en cuevas sombrías, en aposentos misteriosos y en desvanes desconocidos como los conciliábulos de las brujas. Una especie de conscriptos para los motines cobraban su paga á la luz del día, y los presos recibían socorros en las cárceles. Los tumultos de julio de 1819 y la conspiración del 19 de agosto de 1820, empezaron la acción de los afiliados. En diciembre de 1820 se verificó la fuga del coronel Duvergier; los carbonarios franceses se pusieron en camino para ir á socorrer á los hermanos de la *Fontana de Oro*, y desde Madrid debían marchar con los españoles á las fronteras de Francia bajo la bandera tricolor, y á su paso infestaron nuestro cordon sanitario.

Estas Ventas, cuyos misterios eran pueriles á fin de sobrecitar la imaginación novelesca de los candidatos jóvenes, tenían por su naturaleza latente y volcánica, bastante fuerza para quebrantar el mundo, y aplicadas al débil tronco de los Borbones podían hacerlo saltar, por fortuna, el carácter francés no es adecuado á las fuerzas secretas, pues no sabemos como los alemanes, reunidos á la luz de la luna en los ruinosos muros de algun antiguo castillo; no nos reunimos en los bosques de los Apeninos, en las cavernas bañadas por las solitarias olas del Adriático como los italianos para soñar en el porvenir; no nos retiramos como los españoles al fondo de nuestras conspiraciones y el silencio de nuestra esperanza bajo las palmeras de